

Datos biográficos:



Juansilvano Godoy (1846-1926)

JUANSILVANO GODOI

Fue el primer vindicador del soldado paraguayo. Con su imaginación creadora y su pasión ardiente, levantó la figura epónima del General Díaz. Pero, no es sólo un historiógrafo documentado y seco; es también un cultor de la belleza, en sus diversas manifestaciones. Después de haber viajado por Florencia, París, Madrid, Rio de Janeiro, empleó su fortuna y su tiempo en crear un museo de bellas artes, una biblioteca americana y en la organización del Archivo Nacional.

Juansilvano Godoi fue un hombre del Renacimiento, apasionado, violento, señorial y generoso. Su vida tuvo contornos un tanto inverosímiles, pero seductores, de una novela de Alejandro Dumas. Como hombre público, ganó una ejecutoria digna del recuerdo de sus conciudadanos: fue uno de los redactores de la Constitución de 1870, marco jurídico en que se reconstruyó el Paraguay moderno.

Se formó en el Colegio de Concepción del Uruguay, y fue condiscípulo del poeta Juan Zorrilla de San Martín. Vio a la patria en sus dos fases: la de tranquilidad y riqueza, en 1862, cuando marchó al extranjero para estudiar, y luego, el 70, devastada por la guerra. Por eso la amó con fiera pasión vengadora y la quiso reedificar fuerte y culta. El tribuno de 1870, afinó su espíritu en veinte años de proscripción. Fue revolucionario, escritor, duelista y cómplice de sangrientas conspiraciones. Usaba levita y pistola. En Buenos Aires con versó de estética con Aristóbulo del Valle y Ramón Cárcano.

En Rio de Janeiro cultivó la amistad del Barón de Rio Branco, con quien acariciaba pensamientos de conciliación de los pueblos; pero, su intransigencia patriótica, no guardó las fórmulas del protocolo y tuvo que abandonar el cargo, al que aportaba las credenciales de los que pueden representar, a la vez, la política de los Gobiernos y las aspiraciones nacionales. Juansilvano Godoi, en su vida azarosa, no contó con la suerte, compañera necesaria de héroes y de políticos. Su temperamento caballeroso y extremista, le creó enemistades, que estorbaron su carrera pública. Terminó arrinconado en las trincheras de sus veinte mil volúmenes, evocando la figura de Díaz, contemplando los cuadros del Tintoretto y dudando del éxito de la Constitución de 1870, en cuya redacción colaboró. Su queja tenía la forma de ira.

Nació en la Asunción el 22 de noviembre de 1851.

Murió en 1926.

Sus principales obras son:

- *. MONOGRAFÍAS HISTÓRICAS, Buenos Aires, 1893,
- *. ÚLTIMAS OPERACIONES DE GUERRA, Buenos Aires, 1897,
- *. MI MISIÓN A RÍO DE JANEIRO, Buenos Aires, 1897,
- *. EL CONCEPTO DE LA PATRIA, Buenos Aires, 1897,
- *. BIBLIOGRAFÍA, Asunción - Setiembre, 1903,
- *. EL CORONEL JUAN ANTONIO ESCURRA, Asunción - Octubre, 1903,
- *. LA MUERTE DEL MARISCAL LÓPEZ, Asunción 1905,
- *. COMENTARIO CRÍTICO, Asunción, 1906,
- *. EL TRIUNVIRATO, Asunción, 1911,
- *. EL BARÓN DE RÍO BRANCO, Asunción, 1912,
- *. DOCUMENTOS HISTÓRICOS, Asunción, 1916. (**JUSTO PASTOR BENÍTEZ**)

Fuente: MUERTE DEL MARISCAL LÓPEZ. Por JUANSILVANO GODOI. Prólogo de JUSTO PASTOR BENÍTEZ. Tapa: Óleo del pintor GUILLERMO DA RÉ Ediciones Comuneros, Asunción-Paraguay 1993 (2ª Edición-50 páginas)

JUAN SILVANO GODOY

Este gran señor descendiente de patricios, de cultura refinada y espíritu volteriano, fue uno de los más brillantes intelectuales en la reconstrucción nacional de 1870 y el último sobreviviente de esa generación. Nacido en Asunción, en 1850, Juan Silvano Godoy se educó en el colegio jesuítico de Santa Fe y cursó Derecho en la Universidad de Buenos Aires, circunstancia que lo sustrajo, como a otros estudiantes paraguayos en el extranjero, a la cruenta inmolación de la guerra.

Interrumpió sus estudios en 1869 para regresar al Paraguay inmediatamente después de la ocupación de su ciudad natal por las fuerzas brasileñas y, con ardoroso y romántico brío juvenil, se lanzó a la lucha en la incipiente política democrática denotándose por su entereza turbulenta. Fue uno de los fundadores del Gran Club del Pueblo, primera agrupación partidaria de la posguerra, con Facundo Machaín, y los hermanos José Segundo y Juan José Decoud. Electo convencional por el distrito de la Catedral, integró la comisión redactora del proyecto constitucional.

La renuncia de Carlos Loizaga y el retiro de José Díaz de Bedoya habían desintegrado el Triunvirato dejando en el poder a su único miembro restante, Cirilo Antonio Rivarola. Juan Silvano Godoy arrastró a la Asamblea Convencional a declarar la caducidad de ese mandato y designar presidente provisorio a Facundo Machaín. Pero, como al día siguiente el depuesto triunviro recuperó el gobierno con un contragolpe, el tribuno y su grupo pasaron a la oposición y organizaron el sector liberal, deshecho poco después en sangrienta anarquía. "En ese ambiente dramático se mueve apasionadamente -dice Benítez-, con la cimera orgullosa de su juventud y el riesgo de la espontaneidad violenta. No mide el peligro ni atisba el precipicio. La tragedia flota en el ambiente: mueren asesinados Fulgencio Miltos, el diputado Concha, el general Serrano y después el presidente Rivarola. Los héroes de la guerra chocan y se deshacen entre sí, predominan momentáneamente algunos civiles como Jovellanos, el ladino Bareiro y un hombre de arrastre popular; Juan Bautista Gill. El país se resiste a adaptarse a la democracia institucional...". El revolucionario ideológico sufre sus primeras amarguras y desilusiones.

Su espíritu liberal y culto, con asco al agravio confirmado por el asesinato de su hermano Marcos, lo

lleva a una violenta oposición al gobierno de Juan Bautista Gill, de tendencia reaccionaria y conservadora. Así fue como Juan Silvano Godoy se convirtió, en 1877, en jefe del complot urdido con su hermano Nicanor, José Dolores Molas y Matías Goiburú para eliminar al enérgico mandatario personalista. Por su serenidad y condición de diestro tirador, Juan Silvano Godoy era el elegido entre los cuatro complotados para la ejecución del plan; pero su hermano Nicanor reclamó para sí esa responsabilidad. "No conviene que Silvano sea el matador del presidente -dijo, según relato de Silvano Mosqueira-. Él, además, de diputado a la Convención Constituyente, ha ocupado ya otros cargos públicos de importancia; y su intervención en un hecho de tal naturaleza podría perjudicar su carrera política...". Se dispuso entonces que una semana antes del 12 de abril de 1877, día señalado para matar al presidente Gill, Juan Silvano Godoy partiera para Buenos Aires en espera de los acontecimientos.

Desde ese momento el antiguo convencional vivió un largo exilio que debía durar dieciocho años. Fue el jefe virtual de la revolución de 1889, para la cual contribuyó con su propia fortuna, alentándola desde el extranjero. Viajó mucho por Europa, reuniendo una valiosa pinacoteca que más tarde pasaría al Estado con sus libros para base de la Biblioteca Nacional y el Museo que lleva su nombre.

Después de prolongado extrañamiento, el gobierno del coronel Ecurra creó para él, en 1902, el cargo de director general de la Biblioteca, Museo y Archivo de la Nación, donde Godoy puso al servicio del país los beneficios eficaces de su cultura. En el año 1910 representó al Paraguay en el XVII Congreso de Americanistas, reunido en Buenos Aires, y un año más tarde fue nombrado plenipotenciario ante el gobierno del Brasil. "Su alma era brillante pero tenía zonas oscuras -lo juzga Justo Pastor Benítez-; era demasiado violento para ser consecuente. Era fuerte pero no estoico". Juan Silvano Godoy falleció en Asunción el 27 de enero de 1926. Estaba casado con doña Bienvenida Rivarola.

De su copiosa actividad literaria deben citarse Monografías históricas, libro publicado en 1893; Últimas operaciones de guerra del general José Eduvigis Díaz, en 1897; El concepto de patria, en 1898; El coronel Ecurra y Bibliografía, en 1903; El Triunvirato, en 1911; Documentos históricos, en 1916; y El asalto de los acorazados, evocación biográfica prometida a José Dolores Molas, el héroe de aquella jornada. En Buenos Aires había fundado los periódicos La Discusión y Las Provincias.

BIBLIOGRAFÍA

Juan Silvano Godoy: El Triunvirato.

Gómez Freire Esteves: Historia contemporánea del Paraguay.

Justo Pastor Benítez: El solar guaraní.

Carlos R. Centurión: Historia de las letras paraguayas.

Juan Silvano Mosqueira: Semblanzas paraguayas.

Fuente: **CIENTOS VIDAS PARAGUAYAS Por CARLOS ZUBIZARRETA**. Prólogo a esta edición **CARLOS VILLAGRA MARSAL**. Prólogo a la 2ª edición de 1985 **ALFREDO M. SEIFERHELD**. Comisión Nacional de Conmemoración del Bicentenario de la Independencia del Paraguay. Biblioteca Bicentenario Nº 6. EDITORIAL SERVILIBRO. Asunción – Paraguay. 2011 (240 páginas)

JUAN SILVANO GODOY : Hijo de Vicente Godoy y María Petrona Echagüe; según referencia proporcionada por R. Amaral, nació en Asunción en 1846. Salió del país en víspera de la guerra para estudiar; lo hizo en el Colegio de la Inmaculada Concepción, de Santa Fé. Su salida del país, ya en vísperas de la guerra, fue una notoria deferencia del general López; ello no fue óbice para en la post-guerra enjuiciar sus actos con singular virulencia, que extendió a varios de sus colaboradores; el P. Fidel Maíz, por ej. Con los demás jóvenes reincorporados a partir de 1869, prepararon activamente la vida cívica del país. Desde entonces JS Godoy gravitó desde las páginas de La Regeneración, el primer periódico de la nueva época.

Convocada la Asamblea Constituyente, JSG no obstante su juventud, fue convencional, integrante de la comisión redactora de la nueva Constitución, y su miembro informante. La elección del Dr. Facundo Machaín para Presidente de la República, fue su trabajo; pero su triunfo duró poco, pues esa misma noche CA Rivarola, JB Gill y otros, con el apoyo brasileño, lo ubicaba en posición de opositor, endurecida durante la hegemonía de JB Gill, Ministro de Hacienda primero y Presidente de la República, luego.

JS Godoy fue la cabeza de la oposición que materializó la violenta muerte del Presidente JB Gill, víctima de un escopetazo, por manos de Rolando Godoy, su hermano. El grave suceso envolvió a heroicos ex combatientes como el Coronel Matías Goiburú y el Tte. Cnel. José Dolores Molas y de él derivó la matanza de los detenidos en la cárcel pública, y con ellos su abogado defensor, el Dr. Facundo Machaín. Radicado en Buenos Aires, JS Godoy se dedicó con notable éxito a lucrativas transacciones mercantiles. Viajó por Europa y fue formando su patrimonio cultural constantemente acrecido, la biblioteca y la pinacoteca, que integraron la Biblioteca Americana y (Museo Godoy, en su magnífica residencia de Pte. Franco y O'Leary. Este riquísimo repositorio cultural fue adquirido por el Estado durante la presidencia del Dr. Félix Paiva, y constituyó, la base del Museo Nacional de Bellas Artes y Biblioteca Nacional.

JS Godoy volvió al país al amparo de una amnistía decretada por el presidente JB Egusquiza, y trajo consigo sus bienes culturales. Desempeñó importantes funciones diplomáticas y dejó una copiosa producción; artículos periodísticos en Asunción y Buenos Aires, libros y folletos. MONOGRAFÍAS HISTÓRICAS, EL ASALTO A LOS ACORAZADOS, DOCUMENTOS HISTÓRICOS, ÚLTIMAS OPERACIONES DE GUERRA DEL GENERAL DÍAZ, MI MISIÓN EN RÍO DE JANEIRO y otros.

JSG falleció en 1926; estaba casado con Bienvenida Rivarola y dejó descendencia.

Fuente: **BREVE HISTORIA DE GRANDES HOMBRES**. Obra de LUIS G. BENÍTEZ. Ilustraciones de LUIS MENDOZA, RAÚL BECKELMANN, MIRIAM LEZCANO, SATURNINO SOTELO, PEDRO ARMOA. Industrial Gráfica Comuneros, Asunción – Paraguay. 1986 (390 páginas)

JUANSILVANO GODOI, EL ÚLTIMO ROMÁNTICO: Había nacido el 12 de noviembre de 1846; falleció el 27 de enero de 1926. Asunción fue su cuna y su sepulcro. Se alejó del Paraguay en los comienzos de la adolescencia cuando se incubaba la tragedia de la guerra; alumno del Colegio de la Inmaculada Concepción de Santa Fe -regido por los jesuitas- y discípulo allí de JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN, pasó más tarde a estudiar Derecho en Buenos Aires, no finalizando la carrera.

Regresa a su país e integra la Constituyente de 1870; el 25 de noviembre siguiente participa como secretario del comité ejecutivo de la revolución de Tacuaral y tres días después pasa a la Argentina por Villa Occidental; dirige desde Corrientes dos movimientos armados que fracasan: el de 1877 y el de 1879, y desde entonces reside en Buenos Aires hasta que el decreto de amnistía del Presidente Egusquiza lo devuelve a su tierra el 7 de abril de 1895, a bordo del vapor "SATURNO". En el puerto lo esperan, entre otros, CECILIO BÁEZ, MANUEL DOMÍNGUEZ Y MANUEL GONDRA.

Casi veinte años de residencia en la Argentina, especialmente en Buenos Aires, donde hizo fortuna y adquirió selectas y perdurables amistades (alguna de ellas casi fraterna, como la de Aristóbulo del Valle), no amenguaron su espíritu patriótico.

Era, en verdad, un hombre fuera de época en aquella ciudad que iniciaba su ascensión babélica y su "crisis de progreso". Su misma presencia, su vestimenta pulcra y severa, su aspecto d'artagnanesco, el discurrir desinteresado de su existencia, todo conferíale un aspecto romántico. Bien sabía él que su órbita no era esa, que se hallaba de paso, que las señales de su corazón estaban imantadas hacia un rumbo preciso. "Entre la opulencia de un lujo oriental, allí en la mansión Godoi, flotaba como un ideal superior, a quien todos rendían culto, la imagen querida de la patria lejana". Brillantes perspectivas se presentaban para que Sila, su primogénito, ingresara "en envidiables condiciones" en el Colegio Militar argentino. Godoi, por el contrario, lo envió a la Asunción para que la influencia poderosa del medio lo

connaturalizara con el alma de su patria. Mientras él vivió en la capital porteña todos sus hijos nacieron en el Paraguay. Esa fidelidad formaba parte no sólo de su naturaleza sino de su propia concepción de la vida y del sentido de sus ideas, consustanciadas plenamente con un romanticismo de espíritu que no logró ser abatido, distinta ya en Buenos Aires y en Asunción, si bien aquí se mantenían intactos los imponderables de un existir romántico, terrígena y temperamental, modificado parcialmente, muy luego, con el auge del positivismo.

La expresión romántica se insinúa en el pensamiento de Godoi desde las aulas del colegio secundario; allí leía a hurtadillas, queremos creer que más como acto de rebeldía, a Voltaire, Dumas padre y en especial la “VIDA DE JESÚS” de Renán; el primero y el último dos extremos tendidos hacia el racionalismo. “Nunca pudo emanciparse de sus primeras lecturas:

Petrarca, Bernardino de Saint Pierre (el de Pablo y Virginia), Chateaubriand, Lamartine, Víctor Hugo, Lamennais, Gautier, Houssaye”. Tenía, sí, algunas predilecciones que se patentizaron a lo largo de su obra: “DIARIO ÍNTIMO” de Amiel; “ENSAYO SOBRE LAS REVOLUCIONES” y “EL GENIO DEL CRISTIANISMO” de Chateaubriand; “CONTRATO SOCIAL” de Rousseau; “PALABRAS DE UN CREYENTE” de Lamennais; Taine, Fustel de Coulanges, Donoso Cortés, Carlyle y para completar: “CRÍTICA DE LA RAZÓN PRÁCTICA” de Kant; las Obras completas de Maquiavelo; el “DICCIONARIO DE LA LENGUA FRANCESA” de Littré; “EL MUNDO MARCHA” de Pelletán. Pero quien se constituyó en su modelo fue sin duda Macaulay, cuyas huellas se hallan patentizadas en sus escritos animados de páginas descriptivas y donde la explicación de los sucesos queda supeditada a aquella concepción, tomada del escritor inglés.

El Dr. ENRIQUE PARODI, al comenzar la semblanza dedicada a Sienna Carranza, incluida en “MONOGRAFÍAS HISTÓRICAS” (1897), expresa: “Es un estudio de seso, a lo Macaulay”. Su maestro, el Dr. Hernández de Padilla, había anticipado en 1888 análogo juicio: “Me siento no del todo torpe para presentir el talento, y me prometo que perseverando usted en escribir y en analizar lo que escribe, formará Ud. como aventajado discípulo de Macaulay”.

El drama de Godoi ha sido el de tener que cultivar un romanticismo a destiempo, puesto que no le cabía otra alternativa. Pasó así “cual un Lord Byron de estas sociedades en formación”; tenía de Lord George Gordon la pasión de la aventura, la exaltación de héroes paradigmáticos; su gesto abierto a causas de violencia y de lucha, todo menos su ademán galante, su desprecio por las normas convencionales, su ausencia de la moral cotidiana y burguesa. No supo, o no quiso, penetrar en el alma humana, imperfectamente conformada (el romanticismo es después de todo un ideal superior, éticamente considerado) y por eso fue víctima de muchas incomprensiones que lo llevaron a extremar el gesto. “Se llamaba romántico”, es decir, habitante de un ámbito espiritual propio, ajeno las más de las veces a la realidad circundante.

Amaba el misterio, los tonos oscuros, el espectáculo de la tristeza, la mediavoz; podría comparárselo con el uruguayo Juan Carlos Gómez aunque sin sus ilusiones cívicas y sus desmayos literarios. “Fluyen a nuestro rededor - escribe Godoi- rumores vagos, presentimientos misteriosos, semejantes a los que se experimentan ante la vasta inmensidad del océano o el miraje de las montañas andinas con sus conos plateados perdidos entre las brumas del espacio”. Los “temores supersticiosos” que agitan su espíritu hallarán cauce en su propio pensamiento y se expandirán a sus escritos. En el centro de esa niebla, tal vez como una compensación a tan doloroso modo de concebir el mundo y las cosas del mundo (esto tiene, más bien, su indudable raíz volteriana) surgen los héroes-dioses y los semidioses mitológicos, incorporados a la historia más allá de su carne humana y mortal. Es de las honduras de la tradición -de acuerdo a la enseñanza del romanticismo- que nacen los juglares peregrinos que van diciendo los cantares de gesta de la patria en armas: “El inválido de la primera hora -imposibilitado ya de morir por la patria- entonaba solitario, allá por los lejanos valles, en endechas llenas de sentimiento, las acciones prodigiosas del General Díaz, como el trovador antiguo cantaba las acciones inmortales de los héroes-dioses”.

Exaltar aquello que conduzca a un orden superior de vida, trascendiendo las contingencias temporales y terrenales, fue su principio cardinal: “...La muerte en el campo del honor es un beneficio de los dioses. El

valor es un deber imperativo, y continuará siendo en todos los tiempos la primera cualidad entre los hombres”. El valor como impulso o como instinto, no a manera de concepto ético, aunque el fin sea una actitud caballerescas. A pesar de haber ascendido el General Díaz a la categoría de semidiós olímpico, o de héroe-dios, el afán que lo guía es el de acercarse al arte de la guerra una predisposición de caballerescas. “Hubiera deseado él -afirma Godoi- mayor equidad en sus condiciones de lucha. Que el combate, rigiéndose por leyes de lealtad, se impusiera con armas aproximadamente iguales, los beligerantes frente a frente, en campo abierto, a la luz del día, para que las acciones heroicas, colectivas o personales, el valor, la serenidad y el esfuerzo abnegado, merecieran resonancia duradera e inmarcesible fama”. Esta concepción netamente romántica se traducirá también en la elección de paralelos de talla mayor: López y Mitre, López y Díaz, Sarmiento y Portales. (Dice acertadamente que “Sarmiento poseía la energía despiadada e inflexible de Portales”).

Pese a que uno de sus biógrafos manifiesta que “los estudios anímicos son su especialidad”, a Godoi no le preocupa en verdad la pura psicología de los personajes históricos sino en función de los hechos que ellos mismos producen. Todo nace de fuerzas incontrolables, profundas; Díaz de nuevo en escena: “Estaba ajitado de presentimientos vagos de fama y lustre americanos, esos delirios anímicos de mero dominio de la fantasía, que escapan al cálculo de las ideas positivas, y que las imaginaciones meridionales y ricas en ilusiones, son capaces de revelar a un alma soñadora y viril por misteriosa sujeción psíquica en las nebulosas lontananzas del futuro”. Es decir que el hombre, agente de hechos y hazañas, no domina, no crece, sino mediante la orientación de esas espontáneas radiaciones psíquicas, de las que parecer ser, asimismo, simple reflejo. Y esta otra descripción en claro oscuro, retrato en modo alguno romántico, sino más bien de un realismo impresionante, muestra cómo subsistía en Godoi, por sobre su propia convicción romántica, la antítesis, visto en hondura, sin los arabescos de una prosa poblada de artificios: “Más que una religión y una tradición de las cavilosas del pasado, el Vizconde de Cabo Frío es un centinela perdido, que el Imperio ha dejado colocado a manera de punto interrogante en el límite de su naufragio. Ha sido él testigo importante del derrumbe de la antigua sociabilidad heráldica y de la perpetración del moderno régimen, cuyas atrevidas innovaciones le causan vértigo. En su semblante abatido y su mirada incierta, lleva la revelación de la dolorosa e indefinible nostalgia que tortura a su alma acongojada”.

Su estilo, el sentido estético de su prosa, marchan acordes con su concepto imaginativo de la historia. En ausencia de fuentes -muy escasas son las citadas y casi nunca originales había que acudir a la versión de la naturaleza, según Rousseau, al destino natural de la historia, bien que la presencia del hombre en sociedad difiera radicalmente de sus principios. Su español “retórico y decorativo” estaba, sin embargo, a la altura de la empresa épica de la que no parecía, ni quería, ser espectador sino actor muy visible. “Penetramos -son sus palabras dentro del maravilloso arte de la literatura pura, como clasificamos esa sección de las letras humanas que haciendo caso omiso de los atavíos científicos, busca tan sólo su prestigio en la elocuencia y brillo del estilo”. No entran en su consecución la voluntad ni el esfuerzo; “únicamente tienen libre acceso a sus dominios -finaliza Godoi- aquellos que viniendo al mundo recojen su ventura de las valquirias aladas, heraldos de la fama”. Por encima de esto surgen “aquellos pestilentes esteros inhóspitos”, los “abruptos bosques del Chaco” y las “densas brumas, más oscuras que la noche (que) se ajitan a su alrededor en lontananza, sobre crestones funerarios”.

Puente entre dos épocas -la que termina en RAMÓN ZUBIZARRETA y empieza en Cecilio Báez- pudo asistir sin embargo a la preeminencia del novecientos y a la iniciación de un nuevo sentido de la historia, al margen de cuya polémica con O’Leary (1902) le vemos ubicado, pero puesta en favor de su pueblo la mano sobre el pomo de la espada, o mejor, de su pluma, caballero siempre, aunque de ella surgieran de tanto en tanto, como repulsa de la realidad, adjetivos tremendos e implacables, uniéndose así la reverencia a la estocada. (1963)

JUANSILVANO GODOI : Incursionar en el mundo anímico, literario o histórico de don Juansilvano Godoi (así dio en firmar, aunque se le conociera comúnmente por “Don Silvano”) no es tarea fácil. Tampoco en los términos apenas asequibles de su biografía. La medias tintas, las sombras, el toque dramático, la pasión polémica -en relación con lo anterior- configuran su perfil romántico. Pero, a pesar de apresurados juicios de la posteridad, no fue en modo alguno una “vida novelesca”, ni en la Argentina,

donde trascurrieron, discontinuamente, veintitrés años de su existencia, ni aquí desde 1895 y hasta el resto de sus días.

Según el más acucioso -y hasta ahora único- de sus biógrafos, don SILVANO MOSQUEIRA (1875-1954), nuestro escritor se ausentó del país con sus hermanos, en 1864, de acuerdo al pedido que hiciera al Presidente de la República, el entonces Brigadier General don Francisco Solano López, su madre, doña PETRONA ECHAGÜE, emparentada con notorias familias argentinas. (El parecer del padre no ha trascendido).

Si alguna novela cabe registrar ella no será otra que la del mismo joven Silvano, quien nacido en la Asunción el 12 de noviembre de 1846 (no 1850) tenía ya, al estallar la guerra contra la Triple Alianza, entre los 18 y los 19 años de su edad. ¿Por qué no regresó -sería la obligada pregunta- para sumar sus esfuerzos a la defensa de la patria en llamas? Nadie lo sabe; ni él se dignó conceder la menor aclaración: Sus contemporáneos, incluido el Padre Maíz -de quien fuera severo y a veces injusto adversario- tampoco se lo exigieron.

Apenas si se conoce el dato de que cursó estudios en el Colegio de la Inmaculada Concepción de Santa Fe (Argentina), regido por los jesuitas, y que uno de sus discípulos fue el poeta oriental Juan Zorrilla de San Martín.

Lo cierto es que don Silvano retornó a esta capital luego de su ocupación por tropas extranjeras el 5 de enero de 1869. Su actuación comienza a cumplirse a partir de esa fecha, prolongándose por espacio de ocho años. En 1877, el 12 de abril, tiene lugar el movimiento armado del que era artífice principal y que tuvo por consecuencia el asesinato del Presidente de la República, don JUAN BAUTISTA GILL, en pleno centro de la ciudad, y el posterior e inexcusable, cinco meses después, de los presos políticos detenidos por esos motivos en la cárcel pública y que costó la vida a su denodado defensor, el Dr. FACUNDO MACHAÍN. Poco más tarde don Silvano insistía en sus aportaciones bélicas, las que, al fracasar, lo retuvieron en Buenos Aires, donde sus inquietudes canalizarían por caminos menos violentos y donde pudo desarrollar una vocación intelectual que todavía no se había manifestado en plenitud.

Desde aquellos tiempos no fueron muchas las noticias que se tuvieron sobre él. En la “cosmópolis” porteña trabó amistosos vínculos, que se cumplieron entre los bienquistas del círculo áulico del Presidente JUÁREZ CELMAN (allá por el 1889), como RAMÓN J. CÁRCANO, que le dedicara una colorida e interesante estampa, hasta el Dr. ARISTÓBULO DEL VALLE -aficionado también a las artes- enérgico opositor a los desmanes institucionales y financieros que culminaron en la denominada “Revolución del 90”.

La verdad es que don Silvano supo capitalizar aquella residencia gracias a hábiles especulaciones, que le valdrían una sólida posición económica. Eso le permitió abrir un salón de recepciones y codearse con la mejor sociedad de aquella época. Una de sus hijas, Leticia - después señora de Díaz-Pérez- nació en el palacete de la Avenida Santa Fe, en tanto sus hermanos varones veían la luz en el Paraguay por disposición del progenitor, reducido a obligado exilio.

Volvió a su tierra el 7 de abril de 1895, acogido a la amnistía decretada por el PRESIDENTE EGUZQUIZA. Y lo hizo con algunos cuadros y esculturas -adquiridos por mediación del pintor argentino don EDUARDO SCHIAFFINO- y con muchos libros, que formaban su “Biblioteca Americana”, de la que nunca quiso desprenderse y que sus herederos donaron al gobierno en ocasión de la venta de su Museo de Bellas Artes en 1940. El Estado pagó la primera cuota y del resto -hasta ahora- se ocupó el olvido.

Tenido por polemista temible -no deben soslayarse sus dardos contra don JOSÉ SEGUNDO DECOUD (1897), el Dr. CECILIO BÁEZ (1910) y el PADRE FIDEL MAÍZ (1916)- contemporizó, sin embargo, desde el reducto personal y cultural de su romanticismo, con los jóvenes novecentistas que a pesar de todo insinuaban el modernismo y pudo así constituirse en el símbolo de aquella cena con que el grupo de La Colmena iniciara sus actividades literarias y gastronómicas el 19 de octubre de 1907.

Don Silvano, que en tan extenso bregar no dejó escritos más de cinco libros e igual cantidad de folletos, murió en la Asunción el 27 de enero de 1926. Desde 1903 desempeñaba la Dirección General de Archivos, Bibliotecas y Museos de la Nación, organismo creado dos años antes y no expresamente para él, como

se sigue diciendo. Intentó ser el promotor de la gloria única del GENERAL DÍAZ, excitación histórica que hoy pocos recuerdan. (1983)

Fuente: **ESCRITOS PARAGUAYOS – 1- INTRODUCCIÓN A LA CULTURA NACIONAL**. Ensayos de RAÚL AMARAL. Esta es una edición digital corregida y aumentada por la BVP, basada en las ediciones Mediterráneo (1984), la edición de Distribuidora Quevedo (2003), así como de fuentes del autor. Edición digital: BIBLIOTECA VIRTUAL DEL PARAGUAY

GODOI, JUAN SILVANO

** Nació el 12 de noviembre de 1850 y falleció en enero de 1926.-

** Hijo del coronel Juan Vicente Godoy y doña Petrona Echagüe de Godoi. Su abuelo materno fue el prócer de la independencia Narciso Echagüe y Andía, preso con grillos en las mazmorras del dictador Francia por veinte años y fusilado después de largo martirio.-

** Juan Silvano cursó sus estudios en el Colegio jesuita de la Inmaculada Concepción de la ciudad de Santa Fe, Argentina, donde fue condiscípulo de José Zorrilla de San Martín. En las vacaciones de 1864, se hallaba en Asunción; por una feliz excepción y debido a su corta edad, Francisco Solano López le autorizó a seguir sus estudios en la Argentina. De esta suerte, pudo escapar, acompañado de dos hermanos, de la fragua de la guerra en la que perecieron dieciséis miembros de la familia Echagüe, algunos de ellos meritorios combatientes en la contienda.-

** Ingresó a la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, permaneciendo allí durante el desarrollo de la guerra. En enero de 1869, producida la ocupación de Asunción, interrumpió sus estudios para trasladarse en compañía de un grupo de jóvenes, a ayudar en la reconstrucción de su patria. Pese a su formación religiosa Godoi se había convertido en francmasón y librepensador.-

OBRAS: Fecundo escritor, avezado y polémico periodista dejó abundante material de su autoría, entre las que se destacan:

** “Monografías históricas” (1893);

** “Operaciones de Guerra del general José Eduvigis Díaz” (1897);

** “El concepto de patria” (1998);

** “El coronel Juan Antonio Escurra” (1903);

** “La muerte del Mariscal López” (1905);

** “El Barón de Río Branco” (1913);

** “El asalto a los acorazados” (1919).

Una vida novelesca (J.P.Benítez)

JUAN SILVANO GODOI - UNA VIDA NOVELESCA

Por **JUSTO PASTOR BENÍTEZ**

Todavía en 1925 se veía cruzar las calles asunceñas, con su galera cuadrada, levita corta, finísimos zapatos del siglo pasado, bastón con empuñadura de oro, un tanto encorvado por los años, un viejo alto y señorial. Parecía una supervivencia anacrónica. Don Juan Silvano Godoi, fragmento de la historia, iba una vez por semana a sus dos destinos: al Archivo a remover infolios y a la Pinacoteca que lleva su nombre. Muy poco quehacer en la

vida le queda a un hombre que sólo puede ir a una biblioteca y a un museo; los caminos que conducen a los acontecimientos le están vedados. El mundo fluye al margen de su existencia. El destino se ha empeñado en contradecirle. Y él se le ha enfrentado con una voluntad dosificada de acero. Su biografía debe tener por título: "Una vida novelesca"; tiene relieve cellinesco y contradicciones que se resuelven, como muchas cosas humanas, en una síntesis ejemplificadora, en que la voluntad triunfa y en que las grietas del fracaso no destruyen el bloque pétreo. ¡Qué de facetas y aristas tiene este caballero del Renacimiento, nacido a mediados del siglo XIX en una rudimentaria república sudamericana!

Vamos a referir algunos de esos episodios que nimbaban su figura de caballero. En 1863 no pudo ir a estudiar a Europa como becario del gobierno porque los médicos certificaron que carecía de salud. El chico endeble vivió ochenta años; fué el único sobreviviente de esa generación que Carlos Antonio López quiso preparar para dirigir el país. El dolor le había ido a buscar en el propio seno materno: su madre doña Petrona Echagüe de Godoi fué concebida durante la prisión de su padre Narciso Echagüe y Andía, prócer de la independencia y suegro de Vicente Ignacio Iturbe, a quien el doctor Francia tuvo en la cárcel durante cuatro lustros, y cuyo martirio describió Gil Navarro con el sugestivo título de Veinte años en un calabozo.

Por las confiscaciones, esa familia pasó de la opulencia a la miseria. Si existe herencia psicológica, si la amargura se proyecta en la descendencia, Godoi hubo de haber recibido como patrimonio hartos adarmes de resentimiento.

En vista del fracaso del viaje a Europa, la familia lo envió al colegio de Santa Fe, donde tuvo por condiscípulo a Juan Zorrilla de San Martín. En las vacaciones de 1864, pasadas en Asunción, le alcanzaron los prolegómenos de la guerra de la Triple Alianza. El presidente Francisco Solano López como una excepción le permitió salir para continuar sus estudios. Tenía quince años. Así fué como Juan Silvano y sus dos hermanos escaparon del vendaval en que perecieron otros dieciséis varones de la familia Echagüe, entre ellos el capitán Policarpo Iturbe y el teniente José Tomás Echagüe, herido en la batalla de Corrales, condecorado y ascendido por López antes de su muerte. Godoi ha evadido la primera gambeta del destino. Del colegio religioso ha salido libre pensador y franc-masón. No puede llegar a la patria en guerra. Desde lejos percibe el eco de las batallas; su espíritu nunca perderá esas resonancias bélicas, y vivirá obsesionado por la idea de un Paraguay fuerte con un nuevo campamento de Cerro León. Su obra fundamental será dedicada a la reivindicación del soldado paraguayo, a la exaltación del general Díaz, cifra y compendio de la prestancia guerrera de la raza. Se negó a formar parte de la "Legión Paraguaya", organizada al amparo de la Triple Alianza. Su patriotismo tenía mucho de romanesco, de telúrico, herencia de sus antepasados que lucharon en Roncesvalles y contribuyeron a la independencia. (Los antepasados de Juan Silvano Godoi Echagüe provenían de una aldea vasco-navarra, de las cercanías de Pamplona, denominada Echagüe. Al venir a América, trajeron como legado de familia una imagen de madera de Santa Clara, que está hoy en el museo Godoi, y un jarro de plata. Los primeros en llegar al Paraguay fueron Narciso y Juan Francisco de Echagüe y Andía).

En 1870 abandonó sus estudios de Derecho para regresar al país, y dedicarse a la reconstrucción nacional. Joven, ardoroso, culto, romántico y violento, despide llamas por los ojos y derrama elocuencia por la boca de labios finos. Parece un jacobino escapado de las escenas tumultuosas de la Convención. Encuentra su escenario y figuras dignas de su contextura en Facundo Machaín, de rubia barba nazarena, discípulo de Andrés Bello, educado en Chile, patriota esclarecido; Miguel Palacios, Cayo Miltos, estudiantes formados en Europa; Juan José Decoud, el numen de la Asamblea Constituyente, escritor y poeta declamatorio; todos ellos arrebatados por la muerte, prematuramente para desgracia del Paraguay. Con ellos integra la comisión redactora de la Constitución y le corresponde la honra de ser el dictaminante. Sobre las ruinas de la patria vieja se resuelve edificar una construcción moderna, democrática, liberal, sin consultar el ambiente. Un impulso idealista; pleno siglo XIX; últimos destellos del incendio revolucionario de 1789, reflejos de la Convención de Filadelfia y de las ideas de Alberdi. Los hombres pueden fracasar por adelantarse a su tiempo o por descollar en altura pero no ser acusados por ello; es el delito de los idealistas. Se paga con la exclusión, el destierro o la cabeza. No otro fundamento tenía el ostracismo en la agitada Héléade.

Pronto Godoi dará su primer resbalón. Con motivo de la renuncia de Carlos Loizaga, y del abandono del cargo por José Díaz de Bedoya, en el triunvirato que gobernaba la República a la sombra de la Triple Alianza, quedaba como único miembro Cirilo Antonio Rivarola. En la sesión del 31 de agosto, nuestro paladín ensaya su golpe.

Con su elocuencia impulsiva arrastra a la asamblea a decretar la caducidad del triunvirato y a designar presidente de la República al doctor Facundo Machaín. Veinticuatro horas después Rivarola, ayudado por la Alianza, por el sinuoso Cándido Bareiro y el mayor Zacarías Jara, da un contragolpe, y consigue por rectificación de votos anular la elección de Machaín. Rivarola se afirma en la vieja casa de los gobernadores. Godoi y su grupo pasan a la oposición y organizan el grupo liberal, poco tiempo después anegado por la sangrienta anarquía del primer decenio de la era constitucional. Ha sido vencido en la pugna por el poder pero ha arrancado al destino un título de gloria: redactor de la Constitución de 1870, que rigió durante setenta años y sirvió de marco jurídico a la reconstrucción nacional. La última contradicción espiritual de Godoi consistió en su afán de reformar su propia obra, que consideraba demasiado amplia para el país y fortalecer la autoridad del Poder Ejecutivo para facilitar el gobierno. En 1921, el coronel Chirife, le encargó la redacción de un proyecto que quedó en borradores entre los amarillentos papeles de su archivo,

Clausurada la Asamblea, el tribuno fué designado juez en lo y después miembro del Superior Tribunal de Justicia. El destino se encargó de estirarle de la mano del tranquilo ambiente de la magistratura para precipitarle al torbellino de la anarquía.

Ni Rivarola, ni Jovellanos, ni Bareiro, ni Gill, ni Uriarte, consolidarán el orden. La subversión es profunda; los acontecimientos devorarán a los hombres más cultos de esa hora; unos morirán en manos asesinas; otros escaparán con el exilio. Ha aparecido un conductor, el general Bernardino Caballero, que regresó en 1872 del Brasil, adonde había sido llevado como prisionero. En torno a esa figura guerrera se reunirán las fuerzas conservadoras durante treinta años. En vano Godoi esperará su hora; la política es destino, y su derrotero no será ése; podrá elevarse sí por la inteligencia, vengarse con su cultura, erguirse contra esa corriente cuyo caudal no ha medido bien y con la cual sus ideales cívicos no le permiten conciliarse.

Bernardino Caballero está más cerca del alma popular que los idealistas de la Convención; y mucho más que los "legionarios". Ha sufrido con su pueblo, ha llegado más allá de Cerro-Corá; se proyecta en la historia con el doble prestigio del héroe y del caudillo. Fué un hombre afortunado en la guerra y en la paz, con los hombres y con las mujeres. Su bella estampa tenía la protección de Dios. Caballero organiza su primera revolución y tiene como secretario del Comité a Godoi. La gesta cívica se abre con una tragedia para éste: su hermano Marco Antonio, caído prisionero en las Misiones es alevosamente asesinado por la gente del gobierno.

El revolucionario ideológico bebe el primer sorbo amargo, almacena dolor, pero construye sus planes institucionales, su ideal de patria libre bajo la carpa del guerrero. Presiente y acaricia el porvenir en esa caudalosa corriente; comprende que Caballero necesita para su empresa un hombre de cultura, un consejero.

Va a reunirse con sus amigos naturales, sus "compatriotas sociales", los liberales de la primera hora. Profesa la teoría heroica de la vida; ama el peligro y la aventura; es un tirador de primera; le agrada codearse con el coraje; se hace amigo de José Dolores Molas, el intrépido asaltante de acorazados, terror de los gobiernos reaccionarios, a los cuales derrotó en el campo de batalla, pero cuyo triunfo fué frustrado por la intervención de las fuerzas de la Triple Alianza (Abril de 1874).

En ese ambiente dramático se mueve apasionadamente, con la cimera orgullosa de su juventud y el riesgo de su espontaneidad violenta. No mide el peligro, ni atisba el precipicio. La tragedia flota en el ambiente: mueren asesinados Fulgencio Milto, el diputado Concha, el general Serrano, y después el ex presidente Rivarola. Los héroes de la guerra chocan y se deshacen entre sí; predominan momentáneamente algunos civiles como Jovellanos, el ladino Bareiro y un hombre de arrastre popular, José Bautista Gil. El país se resiste a adaptarse a la democracia institucional; su reconstrucción comienza entre los actos sangrientos de un drama; fuerzas aliadas ocupan la capital. Funcionan algunos clubes políticos; los primeros periódicos libres parecen calderas; se conspira, se combate con saña. Por el horror a las pasadas dictaduras se cae en la anarquía. Godoi forcejea. Mueve el manubrio para apresurar los acontecimientos. A los treinta años piensa que hay que apresurarse, porque se mueven las hojas del calendario y hay que vivir intensamente. Las hazañas, para él, sólo se realizan en la juventud. Frente a la lucha violenta, a la opresión y al riesgo de ser ultrajado, trama una conspiración sobre base de la muerte del presidente de la República, combinada con un levantamiento popular en las Cordilleras. Confía la rectificación de la política nacional a una escopeta. Quiere vengar a Rivarola, a Serrano, a Milto, y castigar los ultrajes inferidos a Gregorio Benítez y a Eduardo Aramburú, torturados en la cárcel. Prepara una enorme tragedia, que se proyecta hasta el 29 de octubre de 1879, con el asesinato en la cárcel pública de

los protagonistas Molas, Goiburú Franco y Galeano, y del defensor de los encausados, el preclaro Facundo Machaín.

El 12 de abril de 1877 caen bajo la bala revolucionaria el presidente Juan Bautista Gill y horas más tarde su hermano el general Emilio Gill; la revolución fracasa. Los autores se desbandan. Los conjurados habían exigido que Juan Silvano se alejara de la Capital días antes para evitar que "una inteligencia, que debía ser útil a la patria, se arriesgara en el hecho". José Dolores Molas, el adolescente sargento primero que salvó la bandera de su unidad en el Estero Bellaco y llegó al campamento de Paso Pucú con su enseña en la mano después de salvarla del entrevero en la batalla del 2 de mayo, el mismo que se salvó sin saber nadar en el épico asalto a los acorazados brasileños; Molas, heredero de las ideas liberales del Girondino de la Independencia, Mariano Antonio Molas, le pidió al despedirse que le dedicara algunas líneas en alguno de sus libros. Godoi cumplió esa promesa, contraída en la víspera de la tragedia, cuarenta y dos años después en una obra emocionante, dedicada a la descripción del asalto a los Acorazados, y a las hazañas del intrépido soldado. "¡Paí-Loló!" (apodo de Molas) fué el último alarido que lanzó el cíclope Genes al abandonar la borda de la nave brasileña, para recoger a su adolescente compañero, a quien salvó arrojándole sobre unos camalotes que remolcó sobre sus potentes brazos. Molás fué muerto en la cárcel, diez años después, siendo jefe de policía su antiguo jefe. Ignacio Genes también murió en la cárcel. La muerte hizo reverdecer sus hazañas; fué enterrado en el mismo sitio que el general Díaz. Así se mezclaron, en el mismo seno materno, los huesos de dos gigantes. Godoi será el biógrafo insuperado de ambos. A su vigorosa capacidad evocadora debemos magistrales páginas, como la pintura del vencedor de Curupayty, la descripción del asalto de los acorazados brasileños Limas Barros y Cabral (2 de marzo de 1863), por las canoas tripuladas por la caballería paraguaya, comandadas por Genes, digno de servir, de alto relieve, y el vívido cuadro del choque de dos centauros, José Dolores Molas y José Manuel Aquino, el lancero de bronce, antiguo ayudante del capitán Bado, de legendarias hazañas (Véase SCHNEIDER, traducción del barón de Río Branco, Historia de la Guerra del Paraguay; Efemérides Brasileñas, por el barón de Río BRANCO; J. S. Godoi, Asalto a los Acorazados. El Comandante José Dolores Molas. (Asunción, 1920.)).

Hay siempre algo de osiánico en sus evocaciones. Un soplo de epopeya mueve sus páginas. Le gustan los episodios culminantes, las escaramuzas épicas, el choque de armaduras, las hazañas que enaltecen. Como escritor tiene poder evocativo, interés en la narración, color y vigor en la prosa. Llevado de ese afán bélico, se olvidó de escribir sobre Carlos Antonio López, a quien hubiera podido levantar una estatua. En cambio, como capítulo de su autobiografía, nos dejó un cuadro realista de los días penumbrosos del "Triunvirato" de 1870.

Le faltaba serenidad objetiva para iluminar sus obras. Cae a veces en el detalle nimio, luego vuela hacia la fábula, se le desliza un insulto, olvida la relación y lleva al lector detrás de Aníbal o de Artemidoro, el asiático, en un vago afán novelesco de erudición. Odiaba la letra g; escribía siempre con j, pero no podía prescindir de ella a causa de su apellido. La realidad se encargaba de castigar su fantasía. Lo mismo le pasaba con la i latina.

Este Edmundo Dantés asunceño amaba la aventura. En el intermezzo de su violenta actuación política de la posguerra se hizo abogado y confidente de madama Elisa Alicia Linch, la compañera de López. Oyó de sus labios muchos relatos y recibió de sus manos una fotografía sacada en el esplendor de su belleza, en la época en que cautivó con la urdimbre de sus guedejas rubias al impetuoso general paraguayo que paseaba, allá por 1856, por los bulevares parisienses, como un cachorro de jaguar, y germinaban sus ambiciones en la corte de Napoleón III.

Godoi padece literariamente de la obsesión napoleónica. Olvida que la existencia humana y de los pueblos no se teje sólo con grandes trazos, sino también con fina urdimbre y vulgar trama. Pero a él le place embellecer los acontecimientos, dorándolos de leyenda. Le gusta adornar la historia con un poco de fantasía; ama el misterio; goza en la penumbra; relata en voz baja; su vida privada está trancada con doble llave, allí labra sus sueños, alambica sus resentimientos, forja sus obras.

Cuenta Ricardo Lafuente Machaín, que la noche en que Carlos Loizaga penetró en la Iglesia de la Encarnación para violar el sepulcro del doctor Francia y vengar sus agravios, Godoi asistió al acto y tuvo oportunidad de recoger algunos huesos que saltaban a los golpes de la piqueta del peón de Loizaga. Guardó esos huesos para su museo y se fué a dormir pensando en su abuelo Narciso Echagüe, mandado fusilar por el dictador. Los tuvo en su casa durante toda su vida y cuando hablaba de Francia lo hacía en voz baja, casi cavernaria, como si el

fantasma del Dictador todavía cabalgara por las calles asunceñas.

Guardaba, también en su casa, el polvo de su hija Haidée, cuyo cuerpo hecho de pétalos hizo incinerar. Después de una franca carcajada don Silvano caía en una especie de melancolía. Era que recordaba con dulce emoción a la madre, a Haidée y a Sila, los tres genios tutelares de su tormentosa existencia. Este naufrago de la política, logró llevar a su refugio tres recuerdos, que iluminaban su soledad. Como todos los hombres violentos, expansivos, espontáneos, tenía su fondo sentimental. De ahí muchas de sus desilusiones; algunos de sus antiguos amigos se volvieron adversarios desconsiderados, porque desconocían el respeto póstumo de la amistad.

Al primer pellizco contestaba con un zarpazo. Se fué aislando por propia intemperancia y porque no sabía elegir amigos. No todos los que se le acercaban tenían su temperamento caballeresco, su educación ni su formación espiritual. El amigo de Aristóbulo del Valle no podía tratar con gente que mascaba tabaco. Godoi era un gustador de la vida pero no un sensual; catava vinos finos, usaba prendas delicadas, amaba la pompa versallesca o renacentista, pero no daba valor al dinero, ni era esclavo de sus sentidos. El amor no tiene papel en este capítulo de caballería andante; un noviazgo romántico y frustrado y luego una larga convivencia con su abnegada compañera Bienvenida Rivarola, es lo que se sabe de sus pasiones amorosas. Casi todos sus enemigos fueron sensuales, mujeriegos, amantes del dinero y de las bebidas, y poderosos. Reñía con ellos por contraste.

El 12 de abril de 1877 costó a Godoi dieciocho años de exilio. Su destino ya parecía trunco. Quebradas profundas hienden su alma. En el destierro siente sed de venganza y no renuncia a sus sueños de organizar su país con el esquema de sus ideales. Se entrega a una actividad prodigiosa, se dedica al comercio, cultiva amistades y logra reunir fondos que alcanzan a 100.000 pesos oro. Adquirió armas y un barco y marchó río arriba, llevado por el viento de la aventura. Tenía treinta y tres años, la cabeza llena de castillos y sótanos sombríos. "Quería un Paraguay fuerte", como dijo Manuel Domínguez. La expedición encalló en las radas de Humaitá. Allí naufragó el político, pero surgió el historiador, bajo el signo de las ruinas venerandas. Su última aventura política fue la contribución de una fuerte suma para otra tentativa revolucionaria, igualmente frustrada en 1889. Se cierra una vida y comienza otra. Se dobla una ruta, se tuerce el destino del hombre público. Se oculta su estrella que había comenzado a palidecer en la mañana sangrienta del 12 de abril. Deja el foro, apaga sus ambiciones políticas, se mueve y se agita en Buenos Aires, comercia y especula en los días de Juárez Celman, gana mucho dinero, tiene una magnífica residencia en la calle Santa re, hace dos viajes a Europa y echa las bases de su Museo y Biblioteca. La nostalgia ha hecho nacer el escritor; el patriotismo le señala el tema.

Será el vindicador del soldado paraguayo, fundirá en bronce la estatua del general Díaz. La figura no ha sido mal elegida. Díaz fué el primer táctico de nuestro ejército; él libra las más grandes batallas de la contienda; se mide con el enemigo con posibilidades de éxito; tiene la postura erguida y la espada centelleante; priva con el Mariscal, come en su mesa, recibe sus confidencias, y actúa como jefe de condiciones sobresalientes, reconocidas hoy por los, propios adversarios, en Corrales, Isla-purutuú, Yatayty-Corá, Sauce, 2 y 24, de mayo, y detiene el sol, que se ponía irremediablemente, en la primavera de Curupayty, para iluminar con la victoria la desesperada resistencia de un pueblo. Es un héroe cidiano, que no conoce la sombra, ni la ingratitud; un guerrero afortunado. En dos años ha ascendido sobre los campos humeantes de capitán a general de brigada; manda las mejores tropas, forja el Batallón número 40, muestra el vigor de su brazo en acciones agresivas, ataca siempre y cuando le toca defenderse levanta la muralla inaccesible de Curupayty. Era un bello tipo de moreno para-guayo, de pecho saliente, apostura marcial, mirada aquilina; su voz resonaba en ecos imperiosos en los Esteros Ñeembucú, salida de las entrañas de la tierra. Murió a los treinta y tres años sin conocer el infortunio. Dejó como herencia un baúl con media docena de ropa, cinco onzas de oro y veinticinco pesos papel. El Mariscal López sacó la condecoración que colgaba de su pecho sin corazón y le colocó a Díaz, como último homenaje al guerrero que murió radiosamente el 6 de febrero de 1867. Su entierro fué consagratorio; la nación se inclinó al paso del féretro del soldado epónimo. Duerme en el corazón del pueblo paraguayo, como una imperecedera riqueza colectiva.

La gloria del escritor consiste en incorporarse al espíritu colectivo; en sacar sus materiales de la tradición, embellecerlos con su arte, plasmarlos con sus manos, y devolverlos a la masa, incorporarse a ella, fundirse

con su héroe. Así ocurrió con el Díaz de Godoi y el Godoi de Díaz.

Pero este don Silvano parecía una estatua del Bernini; tenía que mostrar en su pujanza alguna imperfección, algún detalle descuidado. Así, en Monografías históricas, traza un injusto paralelo entre López y Mitre, tomando los rasgos oscuros del Mariscal, encarnación de la resistencia en una guerra total, y las apariencias civiles del jefe aliado; parece una comparación de daguerrotipos. La descripción de la entrevista de Yataty-Corá, coincide con los datos más fidedignos y la opinión de los escritores más responsables que se han ocupado de la histórica conferencia, donde se decidió un siglo de historia del Paraguay. Su pincelada sobre Cerro - Corá es maestra; el mejor fresco de nuestro panteón histórico.

Pareciera que Godoi quisiese rebajar a López; el guerrero se venga del escritor convirtiéndose en su obsesión. No hay libro, capítulo ni página suya en que no se hable del Mariscal. Le sigue hasta Cerro - Corá; le consagra con sus denuestos, le elogia y eleva, le injuria y le pinta como Teratólogo; López, siempre López, como si no pudiera salir del cuadro pavoroso que alumbrara su juventud.

Había crecido como la yedra entre ruinas de la patria y sentía que la sangre le hervía con ansias vengadoras. Inhabilitado para trabajar por su grandeza como político, quiso enaltecerla con la cultura; le consagró su riqueza y su pluma; una Constitución y un Museo. ¿Puede pedirse mayor contribución a un ciudadano? ¿Puede postularse mayor gloria cívica? Don Silvano Godoi era digno de tomar asiento en el Senado Romano por sus virtudes cívicas, por su patriotismo antiguo.

Tenía algo del cocotero que puebla las llanuras guaranícas; alto, erguido, lleno de espinas; el viento fuerte le obligaba a veces a inclinarse, pero luego se reerguía y derramaba sobre la tierra frutas de pulpa jugosa; entregaba a la brisa el perfume incitante de sus racimos amarillos, poesía de las selvas, deleite de los sentidos.

Quería suspender el juicio definitivo sobre López, para dejarlo a generaciones más cultas, menos tocadas por los acontecimientos; el Mariscal se le escapó de las manos y en lugar de comparecer ante la historia se refugió en la leyenda; se hizo bandera; todavía no es historia sino polémica violenta.

En cambio el general Díaz, arrancado de la cantera por las manos del artífice, se ha plasmado definitivamente como la cifra y compendio del infante paraguayo; su frente se cubrió de resplandores en los esteros del Sur.

En medio de la comodidad elegante de Buenos Aires, Godoi siguió siendo un desterrado. Tiene sueños violentos, proyectos de venganza, ansias reprimidas de lucha. Pero Bossuet decía que en la historia está la mano de Dios. La venganza se sueña, pocas veces se ejercita. Sólo cabe esperarla de los acontecimientos; una especie de "Karma", restablecimiento de la justicia en el mundo de las realidades. La venganza imposible se herrumbra como los trofeos que guarda en su museo; su exilio durará dieciocho años y nunca más llegará al poder ni conseguirá aplastar a sus enemigos.

A su orgullo incólume, a su rebeldía edificante, el destino reservaba otros golpes. Tenía que sorber la amargura hasta las heces. Parecía que su vida estaba restablecida y equilibra da; sus negocios prosperaban; sus salones eran frecuentados por Aristóbulo del Valle, Ramón Cárcano, Mariano Pelliza, Guido Spano, Schiaffino; crecía en dignidad. Pero he aquí que su hermosa hija Haidée, orgullo de su hogar, se dobla sobre el tallo; una gran sombra cae sobre la señorial mansión; se ha apagado la luz que embellecía aquel destino trágico. La muerte de Haidée borra toda tentativa de felicidad terrena en el alma atormentada de don Silvano. No pidáis piedad a los que no la tienen de la vida. Para eso se necesitaría la fuerza de un creyente, y él no lo era. Pero Haidée, en recuerdo, le acompañará toda la existencia como un armonio instalado en el corazón. La crueldad no terminará en esa estación. Don Silvano había enviado al país a formarse a su hijo mayor, Sila, adolescente con prestancia de caballero. En la revolución de 1904, Sila es el primero en presentarse al campamento de Villeta. En una escaramuza entablada con las fuerzas gubernamentales en Potrero Oculito (Itá) a Sila se le enredan los pies entre las estriberas de su caballo en la retirada; no puede seguir a los compañeros; cae prisionero, la crueldad se ensaña en él; fue muerto y bárbaramente mutilado. Así murió el hijo mayor de don Silvano con la bandera de Molas en las manos. Una nueva pincelada roja en el cuadro. Una nueva amargura que tiene que rumiar en su retiro. ¿Pero cómo es que resiste ese corazón a tantos golpes? Sus enemigos nunca tendrán en cuenta lo que ha sufrido; para ellos Godoi no es de carne humana. El luchador está cada vez más arrinconado; la penumbra le rodea y trabaja; cuando se siente tocado en la soledad donde ha acumulado nubes y resentimiento estalla en relámpagos. Su ira tenía algo de protesta contra el destino.

La amnistía decretada por el presidente Egusquiza en 1895 le había permitido regresar al país. He aquí que el peregrino vuelve trayendo sobre sus hercúleos hombros dos libros escritos por él; cuadros de Murillo, Tintoreto, Moreno Carbonero, objetos de arte y veinte mil volúmenes de su Biblioteca Americana. He ahí su única, grande, definitiva venganza. Godoi ha colocado un jalón con la gesta cívica de 1870; ha merecido bien por su obra sobre Díaz; con esta fundación se incorpora para siempre a la historia de la Cultura Paraguaya. Industriales del patriotismo, mercaderes de epopeya, rumiad envidia, que Godoi ha subido muy alto para alcanzarlo. Se ha encumbrado elevando la categoría moral de la patria. Un museo en la ciudad de los Comuneros, una biblioteca en un campamento de guerreros. La patria, dice él, no es sólo el territorio, es la tradición, el idioma, la cultura, son las instituciones que garantizan la dignidad del ciudadano; es Díaz pero es también un museo; es la espada pero es también la ciencia, todo lo que se edifica sobre la tierra, pensando en Dios, con las manos y el espíritu. Por eso ha vuelto con su aporte de cultura. Deja comodidades, posición, tranquilidad para regresar a la Asunción de su niñez, transcurrida en épocas de grandeza, y de su juventud agitada entre ruinas. Exilado de todos los tiempos inspiraos en él para amar la patria desde lejos y pensar en su destino futuro en los días de dolorosa ausencia.

Godoi hubiera sido por sus condiciones espirituales y su cultura un agente diplomático, un plenipotenciario natural de su patria. Pero el destino y las pequeñeces de la política le obstruyeron ese camino. En 1897 se le confió una misión confidencial a Río de Janeiro; desde el Palacio de López se le crearon dificultades que él contestó con una estocada a fondo. A su regreso publicó un vehemente opúsculo, de colorido anecdótico y algunos vigorosos retratos en que acusaba al ministro de Relaciones Exteriores de ideas anexionistas, con la reproducción de una carta que produjo el estruendo de una dinamita (Mi Misión en Río de Janeiro. Buenos Aires. Félix Lajouane, editor, 1897). La opinión pública se agitó profundamente; se trataba de conseguir con trabajos paulatinos, pero eficaces, la anexión del Paraguay a un país vecino. La Cámara de Diputados declaró por mayoría de un voto que auspiciar ideas anexionistas, en cartas, no constituía traición a la patria aunque su autor fuera canciller. El acusado continuó en su puesto, y Domínguez, su defensor, siguió escribiendo sobre Las Causas del Heroísmo Paraguayo y la gloria de los que mueren defendiendo la independencia nacional.

En 1909 abre su pinacoteca al público. Alejandro Guanes le ofreció el homenaje consagratorio por la fundación del Museo

"Y a la par que allí se erigen para el arte altares faustos
se alza el ara de la patria; sus banderas allí están:
Y sus fieles en compactas muchedumbres, holocaustos,
holocaustos de recuerdos a sus pies a ofrendar van.

Allí el iris fulgurante tiene un amplio gentil arco
que matiza los altares. Pontifica allí un varón
varón digno de la fama de los fastos de Plutarco
que es exégeta y es vale de la culta comunión".

En 1911, el gobierno volvió a confiar a Godoi la plenipotencia en el Brasil. El ministro paraguayo pronunció un discurso de corte histórico recordando la colaboración brasileña para la defensa de la Villa Occidental; trabó amistad con el Barón de Río Branco; conversó con él sobre problemas fundamentales del país, más útiles que las pequeñas cortesías protocolares. El Barón le regaló un cuadro de Henner, una alsaciana de cabellos rojizos, llamas que iluminan un rostro sugestivo, a la manera que gustaba al Tiziano. Pero un buen día, el canciller paraguayo presionado por un país vecino, declaró terminada la misión de Godoi. Ese canciller se olvidó de referir la anécdota entre Los infortunios del Paraguay.

Se le trataba desconsideradamente y se quería que fuera manso, apacible y sereno. Pero su alma

atormentada, amante de la belleza y de la violencia, no era precisamente evangélica.

Entre las cosas que le faltaban, figuraba la capacidad para perdonar las injurias. En cambio se entregaba todo entero al amigo y se sentía derretido ante el elogio. Pero que no se diga que en él todo era inconstancia. Pueden mencionarse las invariables amistades de Gondra, Belisario Rivarola, Adolfo Aponte, José P. Montero y Silvano Mosqueira. Poco después de tener una fuerte polémica con Báez, le invitó a comer con un visitante ilustre y brindó por "el primer ciudadano de la República". Con Domínguez nunca rompió relaciones. Convenía estar un poco lejos de Godoi para apreciarlo mejor y mantener su amistad, porque al alejarse se corría el riesgo de recibir un dardo.

Fruto del viaje a Río y de su admiración por el canciller brasileño, fué la biografía del Barón de Río Branco, publicada en 1912.

Vamos a entrar en otra quebrada. Godoi había perdido la noción del ambiente sinuoso de la política guaraní., Quiere combatir a sus viejos adversarios, los generales caudillos, y piensa enfrentarles con otro hijo del pretorio. Esta vez el biógrafo de Díaz va a escribir sobre un coronel sin hazañas. Para enfrentar a Caballero y Escobar elogia a Ecurra. Publica un folleto que fué mal recibido; se lo deforma y difama y hasta se le atribuye haber comparado al coronel-presidente con Julio César. Godoi ha dado un resbalón. Ecurra, agradecido creó la Dirección del Museo y de la Biblioteca para don Juan Silvano como quien coloca un busto sobre un pedestal, instinto adivinatorio, porque esa figura presidirá siempre esas dos instituciones de cultura. Godoi se inmortalizó entre libros y cuadros.

El Museo fué oficializado e inaugurado el 25 de abril de 1909; fué expropiado por el gobierno del doctor Paiva. Para pintar la figura de Godoi tenemos que descender a estas minucias, porque él era un gran señor en un ambiente aldeano; mirando un cuadro de Murillo tropezaba con el empedrado de la calle, y al caminar, pensando en episodios de la Historia Universal, pisaba una cáscara de banana. Le faltaba viveza, la pequeña "letraduría", noción exacta de la realidad. Se sentía postergado; el resentimiento se acumulaba en los pliegues de su espíritu selecto. Estaba arrinconado como un objeto de lujo o de museo, en su casa, mientras fluía el mundo contradictorio. Su alma era brillante pero tenía zonas oscuras; era demasiado violento para ser consecuente. Era fuerte pero no estoico; le faltó serenidad, tolerancia, medida para ser un maestro; pero le sobraron virtudes y obras para ser un gran ciudadano, un egregio patriota. La naturaleza le dio muchos dones, pero le negó la buena suerte que eleva a tantos mediocres.

El saldo de su vida es positivo. Su lema "todo o nada" no se conciliaba con la vida que exige tolerancia y a veces transacción. El esteta que se recreaba con los tenues matices de los pintores del Renacimiento y en la música de Beethoven, que visitó Roma, Florencia, París y Madrid, que fué recibido por Víctor Hugo, llevaba bajo su levita una pistola. En su inactividad semisecular se divertía dibujando en el blanco, a tiro, sus iniciales.

Fuente: EL ASALTO A LOS ACORAZADOS – EL COMANDANTE JOSÉ DOLORES MOLAS (2ª EDICIÓN). JUAN SILVANO GODOI. Ediciones RICARDO ROLÓN. Asunción – Paraguay, 1992 (89 páginas)

Godoy (H.Campos Cervera p.)

JUAN SILVANO GODOY

Por HÉRIB CAMPOS CERVERA (Padre)

De la vieja generación constituyente nos queda un hombre todavía: don Juan Silvano Godoy. El fracasado siempre porque entre la barbarie del pasado, sus ideas y sus sentimientos no se amoldaban a los políticos que saqueaban el país con civismo pasmoso. Pocos han sufrido tanto por ver grande a su país; ninguno se ha sacrificado más por su cultura y engrandecimiento. Mientras aquí se hacía el reparto del botín, refugiado y perseguido por la barbarie ratera, abría en Buenos Aires los salones de su palacio a la nueva

generación paraguaya, la alentaba a ser grande con el ejemplo de su obra y le inspiraba el verdadero culto de la patria. Llegó a tener la segunda biblioteca de América y sus cuadros y sus libros encierran los tesoros del arte y de la historia que lega a la posteridad de su tierra con el altruismo de los grandes soñadores; lega todo eso sin haber jamás lucrado de su patria para que nosotros distingamos ahora la distancia que existe entre un personaje de su talla y los caudillos ignorantes que le persiguieron con sus odios y exclusiones.

Don Juan Silvano Godoy no ha sido nunca nada en este paraíso de sus sueños, porque era el hombre más ilustre de su época.

Hubiera sido el gobernante más sobresaliente del Paraguay; hubiera sido el creador de una juventud fecunda y libre, hubiera llenado su ciudad de palacios, bibliotecas, museos y universidades, hubiera combatido toda la prostitución del gauchaje, instruyendo al pueblo, ilustrando a la juventud y educando sus sentimientos estéticos y morales.

El Paraguay no ha tenido un solo gobierno que se preocupe de las letras. Todos sus mandatarios se han entregado a los manejos de la sucia política y no ha habido un solo presidente que fundara un museo. Inútiles han sido las luchas del señor Godoy para convencer a los gobiernos la necesidad de enaltecer el culto que las naciones civilizadas rinden a las artes y a las ciencias. El ilustre viejo gastó sus años y sus tesoros en lienzos, en telas, en bronces y en mármoles; vino aquí, a su querida patria, y el polvo y el desengaño royeron esos ricos presentes ante la indiferencia de unos, la risa de otros y la imbecilidad de muchos. Jóvenes doctos le insultaron y ridiculizaron; jóvenes entusiastas como Guggiari le retiraron su amistad, solo los extranjeros nacidos en países civilizados y cultos reconocieron en el patriota paraguayo el único hombre de ideas, el único esteta y estadista, digno de la época, digno de ser visitado, atendido y escuchado.

Se disculpa a los ladrones y pícaros de todo linaje de la política paraguaya sus grandes crímenes y a don Juan Silvano Godoy nadie le disculpa alguno que otro artículo que escribiera acibarado por la pequeñez nauseabunda de sus de tractores. ¡Pobre hombre! Aún aquí, en la tierra de la mandioca y del poncho, el saber y el carácter son objetos de burlas. Así se explica lo que dicen los tinterillos insignificantes del más ilustre amigo de las letras en el Paraguay; así se explica que un estadista generoso y honrado como el señor Godoy, haya llegado a viejo sin ocupar jamás un ministerio, una banca en el Senado, una representación en el exterior.

Todos los que critican al señor Godoy son unos pigmeos a su lado como todos los que quieren sentar cátedra de maestros cuando han de juzgar al Dr. Báez y a don Manuel Domínguez.

El Paraguay no tiene sino tres grandes hombres: Godoy, Domínguez y Báez. Son los más representantes de la cultura nacional, son los únicos que han de salvar a este país de su barbarie legendaria.

Nosotros no nos acordamos del político cuando pensamos que estas tres cabezas sintetizan el cerebro pensante de la República; nosotros despreciamos el color indigno de los partidos para decir la verdad honda, trascendental y profunda.

¿Qué sería el Paraguay sin Godoy, Báez y Domínguez?

¿Qué dirían de nosotros los extranjeros ilustres que vienen a conocernos? ¿Les presentaríamos los generales y coroneles del pasado? ¿Les presentaríamos nuestros imberbes muchachos o nuestros redactores de periódicos? Pero eso sería ponernos en ridículo.

El Paraguay carece de hombres y es hora que demos el lugar que han conquistado los verdaderamente brillan con luz propia.

Abracemos a nuestros legítimos hermanos, los intelectuales de verdad y amemos con el corazón y el espíritu, los cerebros que no pueden estar distanciados, sino por las mezquinas y odiosas cuestiones de la política.

Hombres como el señor Godoy, el Dr. Báez y Dr. Manuel Domínguez, honran al Paraguay y justifican que no todo está podrido, que no todo es despreciable. "La Verdad" está con el que vale. Cree honrarse diciéndolo con elevación y altura.

(15-IX-1908).

ENLACE INTERNO AL DOCUMENTO FUENTE

(Hacer click sobre la imagen)

HÉRIB CAMPOS CERVERA (p.) - NOVECÉNTISTA OLVIDADO

PROSA Y POESIA

LUIS MARÍA MARTÍNEZ (COMPILADOR)

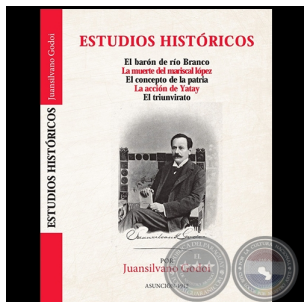
ASESORES INVESTIGATIVOS: NABEL FELIPE ESTRUC y RAÚL AMARAL

CRITERIO EDICIONES

Asunción – Paraguay, 2006 (292 páginas)

Obras

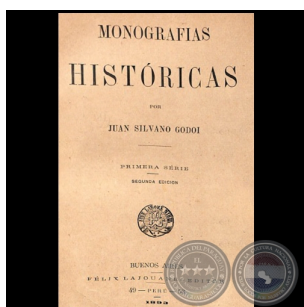
ESTUDIOS HISTÓRICOS El Barón d...



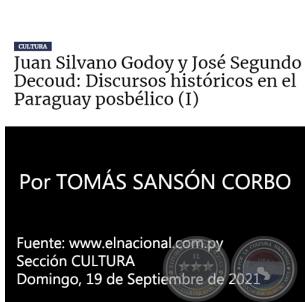
JUAN SILVANO GODOI, EL ÚLTIMO R...



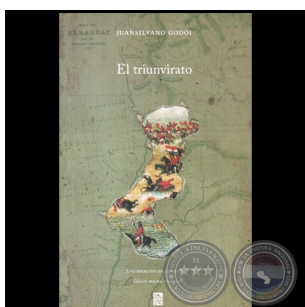
MONOGRAFÍAS HISTÓRICAS - JUAN S...



JUAN SILVANO GODOY Y JOSÉ SEGUN...



EL TRIUNVIRATO - Autor: JUANSIL...



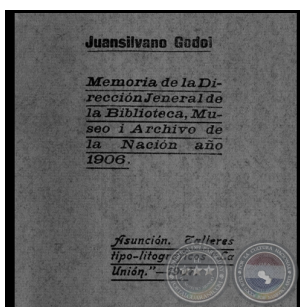
EL ASALTO A LOS ACORAZADOS. EL ...



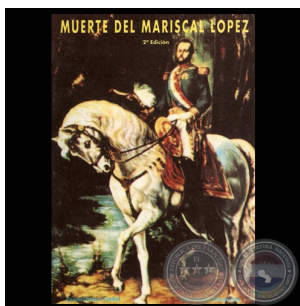
MUERTE DEL MARISCAL LÓPEZ - Por...



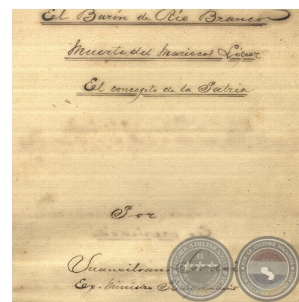
MEMORIA DE LA DIRECCIÓN DE LA B...



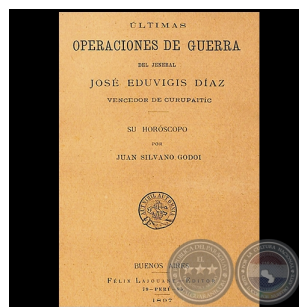
MUERTE DEL MARISCAL LÓPEZ - Por...



EL BARÓN DE RÍO BRANCO - Autor:...



ÚLTIMAS OPERACIONES DE GUERRA D...



>> Ir al Perfil Completo en PortalGuarani.com <<